

## COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

### EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ: NUEVOS INTENTOS DE SOLUCIÓN

Son muchas las mentes preclaras que desde hace casi treinta años han estado proponiendo fórmulas, aplicando métodos y dándole vueltas al problema del conflicto árabe-israelí sin acertar con su solución. Por tanto, poco cabía esperar de la gira por Egipto, Siria, Líbano, Jordania y, finalmente, Israel, que el 2 de febrero inició el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim. De partida, ni el propio señor Waldheim confiaba en que sus buenos propósitos y hábiles oficios lograrían que se reanudase a corto plazo la Conferencia de Paz de Ginebra suspendida en diciembre de 1973. Su cautela fue un acierto. Antes de que finalizara su viaje se evidenció que ni árabes ni israelíes estaban dispuestos a acudir a Ginebra en el mes de marzo, como había instado la Asamblea General.

No brindaba mayores perspectivas de éxito el viaje al Próximo Oriente que el 15 de febrero emprendió el nuevo secretario de Estado Cyrus Vance, que se dirigió en primer término a Israel, por cierto, un tanto esquinado con los Estados Unidos desde que no bien llegado a la presidencia Jimmy Carter impuso un nuevo estilo a la Administración norteamericana. Aunque no pueda estimarse que el nuevo jefe del Ejecutivo haya reconsiderado a fondo la relación de los Estados Unidos con Israel, es indudable que la introducción del factor moral en su acción política tiende a modificarla o cuando menos a retocarla. Tal significado tiene la suspensión de venta a Israel de la bomba de «concusión», prometida por el presidente Ford en período electoral, la decisión de reducir drásticamente el suministro de armas a los países de esa área conflictiva que es el Próximo Oriente y las reservas formuladas por las prospecciones petrolíferas israelíes en el golfo de Suez. En cuanto a la prohibición de que Israel venda a Ecuador 24 aviones «Kfir» —en parte equipados con material norteamericano— por un importe de 180 millones de dólares, muy conve-

niente para la vapuleada economía israelí, merece consideración aparte, pues persigue dos objetivos. De una parte, eliminar competidores en los mercados mundiales al socaire de una limitación de suministros bélicos, de la que los Estados Unidos dicen que darán ejemplo. La tensión surgida con la República Federal en razón del contrato suscrito por ésta con Brasil para instalar centrales nucleares por un importe de 5.000 millones de dólares es muy reveladora de ese propósito de preservar mercados. De otra parte, de ampliar esa prohibición de exportación a los armamentos que Israel fabrica con licencia norteamericana se ejercería una presión sobre ese país por vía económica.

Para suavizar la aspereza de negativas, prohibiciones y advertencias hechas a Israel, el 17 de febrero, mientras en Tel-Aviv Cyrus Vance exploraba el terreno, el presidente Carter se comprometía a «garantizar la existencia de Israel», a un tiempo que decidía aumentar considerablemente el fondo de asistencia a ese país. Con todo, se imponía que el apoyo incondicional que en tiempos los Estados Unidos prestaran a Israel había sufrido las consecuencias no sólo de un cambio de administración en Washington, sino de un cambio en el contexto político y económico del Próximo Oriente. La guerra de 1973, el boicot del petróleo, la crisis mundial y el papel preponderante de los países petrolíferos árabes en la OPEP han socavado la firme postura de los Estados Unidos en defensa de Israel que, en ocasiones, da la impresión de entorpecer los grandes intereses norteamericanos en el Próximo Oriente. De ahí que ya en tiempos del presidente Nixon y Kissinger se iniciara un suave movimiento de despeque de Israel con vistas a situar a los Estados Unidos en el fiel de una ideal balanza susceptible de mantenerse en equilibrio entre bandos enfrentados. Los países árabes, y en particular Egipto y Arabia Saudita, se percataron de la conveniencia de apoyar la maniobra que, de tener éxito, llevaría a Israel a retirarse sin más choques armados de los territorios árabes ocupados en 1967, ocupación que Washington no aprueba a las claras desde 1973.

Sin embargo, no se evidencia que Israel se ha hecho cargo de que el tiempo no ha trabajado en su favor y que ha de reconsiderar sus posiciones en función de las posibilidades de apoyo norteamericano con que puede contar. Pero tal reconsideración implicaría criterios unánimes o cuando menos mayoritarios. Y el caso es que la opinión israelí está más que dividida, fragmentada, incluso en el marco del partido laborista en el poder, como mostró la lucha feroz registrada a finales de febrero entre Isaac Rabin y Simon Peres con motivo de la

elección para candidato de dicho partido a primer ministro de Israel. En cambio, hay un punto en que se da unanimidad o amplísimo criterio mayoritario: en no aceptar la presencia de la OLP en Ginebra. La negativa no simplifica un problema creado precisamente por los palestinos expulsados o huidos de la antigua Palestina. Desde luego, la totalidad absoluta de los palestinos expulsados o huidos no está encuadrada en las organizaciones de la OLP. No obstante, la OLP, pese a sus fallos de acción o reacción y quiérase o no, ha adquirido audiencia internacional y es representativa del pueblo palestino. Además, cuenta con la venia y apoyo efectivo de todos los países árabes.

No se reducen las dificultades para asentar la paz en el Próximo Oriente a la negativa de Israel a admitir la realidad de la OLP. La propia OLP, a trancas y barrancas, llegaría a «aceptar» el hecho de que Israel existe, lo que dista de «reconocer» su existencia. La sutil negativa implicada en el término «aceptar» se ha puesto de manifiesto en el Congreso Palestino celebrado en El Cairo a mediados de marzo. No ha hecho desistir la OLP de sus viejos objetivos, por cuanto los «moderados» encabezados por Yasser Arafat—aunque éste fuera reelegido—han perdido terreno frente a los «duros», que dudosamente se darían por satisfechos con el «hogar» preconizado por el presidente Carter.

Ciertamente, el discreto «paso a paso» de Kissinger, acusado de ejercer presiones, no dio resultados definitivos, pero el método exploratorio, informativo o de tanteo de Cyrus Vance tampoco elimina de la panoplia el sistema de presiones. Por lo menos, tal puede deducirse de las declaraciones que el presidente Carter hizo en Clinton (Massachusetts) a mediados de marzo, en las que se mostró dispuesto a señalar el camino que en conciencia cree justo y, por tanto, decidido a recorrer sin detenerse a templar gaitas. Queda por ver si el método de la diplomacia de imposición a cara descubierta, que moralmente cabe alabar, es políticamente el más eficaz para resolver esa cuadratura del círculo que es el conflicto del Próximo Oriente.

#### «CUMBRE» FRANCO-ALEMANA EN PARÍS

El 4 de febrero se celebró en París uno más—el vigesimonoveno—de los encuentros franco-alemanes previstos en el Acuerdo entre Francia y la República Federal suscrito en 1963, acuerdo que se ha considerado pared maestra de la edificación europea que está por levantar.

Con independencia de los lazos de amistad existentes entre el presidente Giscard d'Estaing y el canciller Schmidt, rara vez en el transcurso de los últimos años había reinado en una «cumbre» franco-alemana ambiente de tanta cordialidad, optimismo y coincidencia de criterios. No ha sido pura casualidad ni tampoco señal inequívoca de que se han echado los firmes cimientos que permiten a los más destacados operarios de la construcción europea poner manos a la obra, aunque el comunicado final recoja la decisión de celebrar encuentros cada tres meses para impulsar la unión económica y monetaria previa a la unión política. Esa nueva declaración de intenciones en favor de una Europa occidental unida merced a una consolidación de la cooperación entre Francia y la República Federal, punto de partida de los primeros éxitos comunitarios, no ha de llamar al engaño de que han desaparecido todos los obstáculos que estorban una unión efectiva de los países miembros de la CEE. De hecho, la cordialidad que ha imperado en el último encuentro franco-alemán se debe a determinadas circunstancias antes que a coincidencias esenciales. Una de esas circunstancias favorables a un diálogo amistoso es el esfuerzo de Francia para restablecer su economía y del que es exponente el Plan Barre, por cuanto el desbarajuste económico y financiero francés de meses atrás impedía, en criterio de Bonn, que la Europa occidental pudiera avanzar hacia su unificación. Puesto en entredicho por la izquierda francesa, el Plan Barre se abstiene de apoyar a fondo el acelerador de una rápida reactivación de la economía, aun a costa de no reducir el paro. Es pauta adoptada por la República Federal, reacia a seguir el ejemplo del presidente Carter que se propone inyectar 31.000 millones de dólares a la economía norteamericana para fomentar su expansión, aun a riesgo de que la inflación se desate de nuevo. Es riesgo que no quiere correr la República Federal. Por tanto, la prudencia del Plan Barre, al asimilarse a la prudencia alemana en materia económica, ha constituido un motivo de entendimiento y permitido abrigar la esperanza de que Francia se reintegrará a la serpiente comunitaria. De otra parte, al tropezar París y Bonn con idéntica dificultad en el ámbito de la energía nuclear comercial, se han hermanado para hacer frente a la pretensión de los Estados Unidos de poner trabas a sus negocios.

El problema surgió meses atrás, cuando Francia contrató con Pakistán el suministro de una fábrica de tratamiento de uranio. Entonces Washington puso el grito en el cielo. Conocida la celosa vigilancia de los Estados Unidos en materia de expansión nuclear, se impone la

irritación que produjo el acuerdo suscrito entre la República Federal y Brasil para el suministro de varias centrales nucleares, lo que se ha denominado «el mercado del siglo» dada su cuantía: 5.000 millones de dólares. Aparte del perjuicio que para Estados Unidos tal acuerdo suponía, resultaba evidente que habían perdido decididamente el monopolio de las exportaciones de reactores nucleares. En efecto, si en 1971 compañías norteamericanas exportaron ocho reactores nucleares y ninguno las compañías de otros países, en 1976 las compañías norteamericanas sólo exportaron un reactor y las compañías de otros países nueve. Para remate, la República Federal operaba en Brasil, que Estados Unidos tenía por una especie de coto.

Cuanto antecede explica la reacción de Washington al conocer primero el acuerdo de suministro suscrito por Francia con Pakistán, y que obligó al Gobierno francés a hacer públicos los principios fundamentales de la política nuclear exterior de su país, es decir, una reconsideración de la cuestión que le hizo añadir garantías suplementarias de que Islamabad se limitaría al uso exclusivamente pacífico del átomo.

El pleito entre los Estados Unidos y la República Federal estaba en su punto álgido al reunirse el presidente Giscard d'Estaing y el canciller germano. Por vez primera en la larga historia de las relaciones entre la Europa occidental y los Estados Unidos, París y Bonn tenían motivos para constituir un frente unido dispuesto a resistir las presiones del gran aliado. No obstante, sería desorbitado deducir que nos hallamos ante una etapa de cooperación franco-alemana tan estrecha y armoniosa que la vertebración de la Europa occidental va por buen camino. En efecto, lo fundamental de la buena relación entre París y Bonn es la identidad de postura frente a Washington en la cuestión de los suministros atómicos. Ni Francia ni la República Federal están dispuestas a ceder, no están en condiciones de ceder, no sólo en defensa de su prestigio nacional, sino en razón de los perjuicios económicos y sociales que originaría una denuncia unilateral de los acuerdos suscritos, singularmente en el caso de la República Federal.

Excluyendo a Francia, cuya independencia es bien conocida, numerosos comentaristas han apuntado que, de no renunciar Bonn a suministrar centrales nucleares a Brasil, Washington podría amenazar con retirar parte de las tropas norteamericanas estacionadas en la República Federal, cual si Washington pudiera desmantelar un sistema defensivo que es en definitiva parte integrante de la defensa de los Estados Unidos, pues la Europa occidental es factor vital de su pro-

pia seguridad, elemento importante de su economía y comercio, o sea, de su existencia. Por tanto, no cabe esa reacción norteamericana, sobre infantil, suicida. Es decir, que disipadas las nubes de esta tormenta, seguirán las buenas relaciones germano-norteamericanas, de capital importancia para los dos países y que desempeñan papel decisivo en un bien trabado «atlantismo» del que Francia se ha excluido. Es éste uno de los extremos en que Francia y la República Federal no coinciden. De otra parte, no se impone la identidad de criterios frente a la conferencia de países industrializados, propuesta por Francia. París pretende que se limite a tratar problemas económicos. Washington aboga por abordar igualmente los problemas políticos que afectan a los países invitados. Nada indica que el canciller Schmidt se ha aliado con Francia en París. El portavoz alemán se atuvo a comunicar que la Conferencia se celebraría los días 7 y 8 de mayo en Londres. Nada indica tampoco que el canciller Schmidt comparta el criterio del presidente Giscard d'Estaing respecto a la Conferencia Norte-Sur, de la que el presidente galo espera una fórmula que promueva un nuevo orden económico a escala mundial. Habida cuenta de su prosperidad, la República Federal podría verse abocada a ser uno de los principales países encargados de llenar ese tonel de las Danaidas que es el Tercer Mundo.

En suma, aparte de «la coordinación de nuestras políticas económicas y la de nuestras políticas nucleares», temas que retuvieron fundamentalmente la atención de los reunidos, según el presidente Giscard d'Estaing, la «cumbre» franco-alemana de París no ha supuesto un paso decisivo, una auténtica «convergencia» o identificación de criterios y actitudes para alcanzar el objetivo de la construcción de la Europa occidental.

#### LA «CUMBRE» AFRO-ÁRABE DE EL CAIRO

En 1954 el presidente Nasser formuló por vez primera el proyecto de acercamiento entre árabes y Estados africanos. Por sus pasos contados, la idea fue avanzando, en particular a raíz de la crisis del petróleo derivada del conflicto árabe-israelí de 1973 y sufrir los hidrocarburos un considerable aumento de precio, que puso a la cuarta pregunta los países africanos en vías de desarrollo y carentes de petróleo. Entonces, en la «cumbre» árabe de Argel (25 de noviembre de 1973) se trató de ayudar a los Estados africanos y fomentar las relaciones con ellos, creándose por iniciativa de Kuwait un Fondo de Des-

arrollo destinado a aliviar sus economías. En contrapartida, los países africanos que mantenían relaciones con Israel—uno de ellos, Uganda de Idi Amin—se apresuraron a romperlas, con el consiguiente perjuicio causado a Israel, importador de materias primas africanas, vitales para su industria y posterior desarrollo. Al tiempo, los africanos estrechaban o establecían relaciones con los países árabes. El mundo afro-árabe había sentado las bases de la cooperación económica, financiera y cultural que se ha completado con una cooperación política en la Conferencia de El Cairo inaugurada el 7 de marzo, o por lo menos con un propósito de cooperación política.

Los 59 jefes de Estado o de Gobierno asistentes a la Conferencia de El Cairo representaban 300 millones de seres humanos, el 40 por 100 de los votos de la ONU y los dos tercios de la producción mundial de petróleo. Estas cifras retienen la atención y mueven a reconsiderar el aserto de que el Tercer Mundo carece de capacidad para unirse y organizarse, por cuanto la «cumbre» de El Cairo ha reforzado no sólo la unión de los árabes entre sí, sino la unión de árabes y africanos. Es prematuro hablar de organización; pero puede estimarse que todo se andará si persiste la unión y siguen llevando la voz cantante en el bloque afro-árabe países sensatos como Arabia Saudita y Egipto.

En todo caso, los observadores asistentes a la conferencia preliminar cometieron el error de adelantar que dada la magnitud de las demandas de los países africanos pobres, los países árabes—más exactamente, los países árabes productores de petróleo—iban a arredrarse y que la Conferencia bien podría naufragar en la disensión. No bien se inauguró, se evidenció que no habría tal y que tanto árabes como africanos estaban deseosos de que los buenos propósitos se reflejaran en hechos concretos y que el bálsamo de los petrodólares aliviara las heridas económicas. Sin demoras, Arabia Saudita tiró de talonario de cheques y ofreció 1.000 millones de dólares a los africanos en apuros que, según parece, utilizarán esa tan generosa ayuda para equilibrar sus deficitarios presupuestos y hacer frente a las deudas contraídas con los bancos. Posiblemente, los árabes hubieran preferido que ese y restantes donativos se dedicaran a poner en marcha proyectos a largo plazo, o sea, productivos y susceptibles de promover el desarrollo. Como quiera que la ayuda a los Estados africanos no estaba supeditada a condición alguna, nadie suscitó el tema de su utilización.

El buen ejemplo dado por Arabia Saudita, que junto con Egipto dominó la Conferencia, cundió tanto que los demás «ricos» del mundo árabe añadieron otros 500 millones de dólares a los 1.000 millones ini-

ciales, aparte de más millones —unos 50— destinados a los movimientos de liberación reconocidos que luchan contra Rhodesia y Africa del Sur, únicos países con poder blanco que quedan en Africa y cuya eliminación es la máxima aspiración del mundo africano, una vez que se retiró de Africa un Portugal que en Argel fue blanco de las iras árabes, junto con Israel, por supuesto. Es decir, que en la «cumbre» de El Cairo han adquirido mayores ínfulas el propósito de abatir el poder blanco en Rhodesia y Africa del Sur, sin que los países árabes tildados de «conservadores» hayan dado señales de inquietud por ver instaurados nuevos gobiernos marxistas, como en los territorios que fueron portugueses. En cuanto a Israel, cuyas agresiones se condenaron por unanimidad, ha quedado claro que en adelante los Estados africanos que practicaban con aquel país una política ambigua se alinearon decididamente con los árabes.

Por tanto, de la Conferencia afro-árabe de El Cairo pueden sacarse conclusiones que cabe calificar de evidencias. La primera es que se ha consolidado la unidad del mundo árabe y africano preparada en la «cumbre» de Argel, ello con olvido de pasados agravios y explotaciones por cuenta de los árabes y cargando el acento en los lazos culturales y religiosos que los unen, tanto más cuanto que se perfila un avance del Islamismo en Africa que, lógicamente, los países árabes no dejarán de fomentar. Otra es que la ayuda árabe, aun sin alcanzar los 2.500 millones que pedían los Estados africanos para los próximos cinco años, permitirán a sus economías mantenerse a flote en espera de un nuevo orden económico internacional del que trató la Conferencia, pero partiendo de la base de que es preciso establecerlo de consuno con los países industrializados. Estos no fueron puestos a la picota, como suele ser norma en conferencias de países tercermundistas. No es que se ha agotado el tema reivindicativo, sino que los países productores de petróleo necesitan esos países para comercializarlo, tanto como aquéllos necesitan del petróleo. Protestas, críticas y demagogias no pueden anular el hecho de una interdependencia que aconseja la búsqueda de fórmulas que no den muerte a esa gallina de los huevos de oro —o petrodólares— que es en definitiva el mundo industrializado, tecnológico y desarrollado, es decir, en condiciones de ayudar al Tercer Mundo a alzarse de su subdesarrollo. De ahí que cuando Benín y Etiopía hicieron oír sus voces discordantes fueran rápidamente acalladas por el tono mesurado de la Conferencia con relación a los países industrializados y las antiguas potencias coloniales, lo que añadió seriedad y responsabilidad a debates que no dejarán de tener

incidencia en el futuro de Africa y, por vía de consecuencia, de Europa, importadora de materias primas africanas y petróleo árabe.

Por cierto, el presidente Bumedian y el presidente Senghor aludieron a la posibilidad de una unidad afro-árabe-europea. La sugestión no suscitó interés ni levantó protestas. No tuvo eco. Esa especie de dimisión de Europa en Africa —nos referimos a la Europa occidental, es evidente—, su desaliento y escepticismo, en realidad, su incapacidad, habida cuenta de que habría de luchar en orden disperso, deja en ese continente el campo libre a la URSS y los Estados Unidos. No se les ha pasado por alto a árabes y africanos. Por ello, la iniciativa argelina y senegalesa cayó en el vacío de la indiferencia.

#### EL XX ANIVERSARIO DEL TRATADO DE ROMA

Los días 25 y 26 de marzo se reunieron en Roma dos jefes de Estado —el francés y el italiano— y siete jefes de Gobierno de los restantes países miembros de la Comunidad Económica Europea para conmemorar el XX Aniversario de la firma del tratado fundacional de esa Comunidad. A la vez que celebración de un aniversario, el acto tuvo visos de reunión de tullidos o perniquebrados políticos, dada la situación de crisis o escasa estabilidad reinante en la mayoría de los países que representaban.

No obstante, los reunidos no se privaron de deliberar y, llegado el momento de adoptar decisiones que pretenden enderezar el rumbo de una Comunidad desarbolada por el temporal económico que, entre otros efectos, arroja el saldo actual de unos seis millones de parados, aparte de una inflación que sólo la República Federal consigue frenar, y no del todo, sin mencionar las repercusiones políticas y sociales que provocan el paro y la inflación.

Entre las decisiones adoptadas no faltaron las que cabe calificar de «rutinarias», tales como la voluntad de afanarse por «construir a Europa», una Europa que, tal vez por asentarse en lo económico, no ha logrado neutralizar en veinte años los nacionalismos y la defensa de los intereses nacionales, en particular en el ámbito de la agricultura, posiblemente el más rebelde a una integración debido a las diferencias existentes entre las diversas agriculturas por razones geográficas y climatológicas, circunstancias que no se dan en las concentraciones industriales, lo que permite legislaciones comunes y reducción de los aranceles de aduanas. Lo evidencia el rotundo fracaso de las negociaciones celebradas en Bruselas del 25 al 29 de marzo por

los ministros de la llamada «Europa verde». Por lo demás, la situación económica comunitaria, boyante en los años 60 y hasta la crisis del petróleo, antes que registrar una reactivación digna de tomarse en cuenta tiende a deteriorarse, al tiempo que se deteriora la situación social. La siderurgia es exponente de este hecho inquietante y, por ello, retuvo la atención de los reunidos en Roma que, a corto plazo, acordaron medidas de estabilización del mercado, o sea una limitación de las importaciones. A largo plazo se ha previsto una reestructuración de la siderurgia, que generará un problema social para el que se contemplaron disposiciones correctoras o mitigadoras de ese mal.

En el marco de los buenos propósitos son de consignar las propuestas del premier Callaghan de intensificar la cooperación internacional, a fin de reactivar la economía, así como el esfuerzo para reducir las divergencias económicas y estimular las inversiones. Mas, ¿cómo estimular las inversiones cuando la estabilidad política es dudosa y el futuro no está despejado? Se impone que no figuren en la Comunidad estos factores esenciales de la inversión; por lo menos es lo que sugiere la tendencia de la Bolsa en los países comunitarios y los no comunitarios.

Sin embargo, no todo ha sido negativo o interrogativo en la reunión de Roma. Por el contrario, de positivo puede calificarse el acuerdo de que la CEE esté representada como tal en la Conferencia de países industrializados que se celebrará en Londres en el próximo mayo, aunque tal representación se supedita a una fórmula un tanto alambicada. Permite que los países del Benelux y demás «pequeños» de la CEE estén presentes, pese a que el presidente Giscard d'Estaing pretendiera excluirlos, por estimar que en Londres sólo debían estar los «grandes», entre los que Francia no desiste en su afán de figurar, como en tiempos del general De Gaulle. Es de celebrar que no triunfara tesis tan poco realista y que, por remate, vulneraba el espíritu y la letra del Tratado de Roma que apunta a una Comunidad en la que todos los miembros actuaran a la una. Asimismo, con vistas a la Conferencia Norte-Sur, se adoptó una fórmula que permite a los Nueve hacer oír sus voces armonizadas en las negociaciones entre países industrializados, productores de petróleo y países en vías de desarrollo, países que hubo tendencia en Roma a encomendar a los especiales desvelos de la República Federal. Sin declinar el honor de remediar sus males, el canciller Schmidt se atuvo a proponer un plan de ayuda, juzgado insuficiente por los demás miembros de la Comunidad. Estimar

insuficiente la limosna ajena es actitud sobradamente humana. No lo es menos que el canciller Schmidt prometiera con la boca chica impulsar las inversiones y cooperar en las ayudas a los países comunitarios en apuros, pero condicionándolo a una limitación de los costes de producción, luego de los continuos aumentos de salarios y asimismo del gasto público que tienden a superar la tasa de inflación. No son condiciones originales: simplemente, razonables. Tampoco fue original la solución para resolver el desequilibrio de la balanza comercial comunitaria con Japón: aumentar las exportaciones de la Comunidad y pedir a Japón que reduzca sus exportaciones. Muy razonables, pero quizá de difícil aplicación.

En cuanto a la tan traída y llevada cuestión de la unidad económica y monetaria, que lógicamente debiera ser elemento fundamental de una Comunidad basada en lo económico, fue tema que sacó a colación el presidente Andreotti. Todos estuvieron de acuerdo en la conveniencia de avanzar por ese camino, que es tanto como insistir en el fallo básico de centrarse exclusivamente en lo económico. Con todo, la decisión de empezar a recorrerlo quedó aplazada hasta estudiar a fondo la cuestión a finales de año.

Finalmente, dado el singular interés que vienen prestando al tema los medios informativos nacionales, no cabe pasar de largo ante el del ingreso en la CEE de los mal llamados «países mediterráneos», España, Portugal y Grecia, por cuanto Portugal no tiene ni un kilómetro de costa en el Mediterráneo. Por cierto, este tema se impone estrechamente vinculado al de la cuestión agrícola comunitaria, nada boyante, al extremo de que condiciona decididamente una nueva ampliación de la Comunidad. Desde luego, la pretensión de los tres «mediterráneos», por separado o globalizados, no ha merecido que la archiven sin más. En Roma, los países comunitarios han decidido que la cuestión sea objeto de examen en próximas reuniones de los ministros de Agricultura de los Nueve. Sin esperar esas deliberaciones, el presidente Giscard d'Estaing estimó que si bien es de desear que la Comunidad se amplíe hacia el Sur —lo que no deja de convenir a Francia afectada por el tirón hacia el Norte—, es preciso tomar en cuenta las dificultades económicas que originarían nuevos ingresos, y no está el horno de la CEE para bollos. De hecho, la CEE no se ha repuesto todavía del trauma que supuso el ingreso de tres nuevos miembros, en particular de la Gran Bretaña, que, por cierto, entre otros problemas por ella planteados, con su oposición rotunda torpedeó la última reunión de Bruselas de ministros de Agricultura. En cuanto a Italia, arguyó la

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

necesidad de reformar la política agrícola comunitaria antes de abrir la puerta a nuevos miembros. En suma, con independencia de factores políticos, que ya no se pueden utilizar para decir un «no» cortés y falaz, se evidencian que existen razones económicas para cercenar ilusiones de ingreso en la CEE y templar entusiasmos comunitarios obcecados en considerar los motivos políticos.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA